

EL INSTRUMENTAL LÍTICO EN EL TRABAJO DE LA LOZA TRADICIONAL: APUNTES ETNOARQUEOLÓGICOS*

Amelia del Carmen Rodríguez Rodríguez
Antonio Manuel Jiménez Medina
Juan Manuel Zamora Maldonado

INTRODUCCIÓN

Nuestros estudios sobre las industrias líticas prehistóricas de las formaciones sociales del archipiélago canario nos han enfrentado al hecho de que, junto a los materiales tallados o labrados, existe otro conjunto de rocas no modificadas de forma intencional que también fueron usadas como instrumentos de trabajo. Las observaciones etnográficas, el análisis espacial y la traceología han servido para emitir hipótesis que expliquen su estatus en algunos casos, pero todavía son muchas las incógnitas que hay que desvelar al respecto. Ello nos ha impulsado a entablar algunos trabajos etnoarqueológicos en aquellos contextos en los que todavía se siguen usando en la actualidad. En esta comunicación queremos presentar una de esas contribuciones, que se ha enmarcado en un proyecto que tiene como objeto el estudio de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria.

El trabajo ha consistido en realizar un análisis funcional de los instrumentos líticos utilizados en la elaboración de este tipo de cerámica. Estos consisten en un conjunto de cantos rodados de origen marino, de formas ovaladas o elipsoidales, aunque también los hay más irregulares, con granulometría variada y nosotros hemos procedido a detectar y sistematizar las huellas de uso (desgastes, accidentes lineales, trazas de percusión y pulidos) que tienen. El material sometido a análisis ha pertenecido a dos loceros, ya fallecidos, del centro alfarero grancanario de Hoya de Pineda (Gáldar y Santa María de Guía): doña María Juliana Suárez Vega y don Nicolás Godoy Vega. Además, hemos estudiado las cadenas operativas de esta actividad alfarera gracias a la información aportada, en su momento, por estos artesanos y por otro alfarero, don Santiago Suárez Santiago. Por último, ha sido de vital importancia la colaboración de la locera doña Rafaela Santiago Suárez, hija de doña María Juliana, que ha continuado con el mismo oficio y es la última representante de esta actividad alfarera en ese pago. Ella ha sido la principal informante para establecer la relación entre los útiles de su madre y el proceso de fabricación de los distintos tipos de recipientes. En algunos casos sigue empleando las mismas piedras de su progenitora o incluso de antepasadas suyas más lejanas en el tiempo.

LA CERÁMICA HISTÓRICA DE CANARIAS

Los diversos investigadores que han abordado el tema de la cerámica tradicional o popular en las Islas Canarias, encuentran complicado conocer los orígenes de esta actividad. Muchos la consideran de clara filiación preeuropea, ya que las producciones cerámicas indígenas son de una gran calidad y en ocasiones pueden observarse ciertas reminiscencias en formas y decoraciones. Asimismo, muchos autores consideran que el trabajo de la loza local pudo

sobrevivir abasteciendo a las clases más populares, conviviendo con las importaciones de cerámica de lujo (Navarro Mederos, 1999). Sin embargo, otros investigadores piensan que las cadenas operativas que conocemos pudieron ser influenciadas, además de por el mundo indígena, por esclavos o libertos, moriscos y negros. También, argumentan que fueron otras circunstancias sociales y económicas las que propiciaron la pervivencia de una forma tan arcaizante de trabajar la alfarería (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004).

La fabricación de loza en el archipiélago canario tuvo una cierta importancia económica, al menos durante los siglos xvii, xviii y xix, ya que gran parte de la producción cerámica llegó a exportarse entre las islas del Archipiélago, a la Península Ibérica, América (Argentina, Cuba, Puerto Rico y Venezuela) y África (Sierra Leona), tal y como lo han citado diversos autores, como José de Sosa ([1678] 1994, pp. 297-298), Francisco Escolar y Serrano ([1793-1806] 1983, t. iii, pp. 34-35) y José Agustín Álvarez Rixo ([1841], 1955, p. 46) y lo ha estudiado el alfarero José Ángel Hernández Marrero en diversos documentos del siglo xix (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004, pp. 250-256). Asimismo, se ha podido documentar que, en momentos determinados, se producían movimientos de loceras que se establecían en nuevas localidades e inclusive que se desplazaban a otras islas, buscando mejorar su calidad de vida. Ello propiciaba la transmisión de su oficio y tradiciones (Cuenca Sanabria, 1983, p. 28; Navarro Mederos, 1992, p. 137; Fariña González, 1998, p. 58 y Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2004, p. 116).

MARCO GEOGRÁFICO DE HOYA DE PINEDA

La localidad de Hoya de Pineda se ubica en el noroeste de la isla de Gran Canaria, a unos 500 metros sobre el nivel del mar, entre los municipios de Gáldar y Santa María de Guía. Tradicionalmente esta población se ha caracterizado por la presencia de cuevas artificiales excavadas en la roca, si bien en estos últimos años se han edificado diversos inmuebles de obra. (Ver lámina 1).

Según el doctor J. Sebastián López García el origen del topónimo de Hoya de Pineda procede de la combinación del accidente geográfico (Hoya), con el posesional de los descendientes del Regidor del Cabildo Gerónimo de Pineda, que se asientan en Gáldar después de finalizado el proceso de Conquista (López García, 1983, p. 571). En cuanto al origen y poblamiento de esta localidad, se sabe que ya en 1524 moraban gentes en la misma, como fue el caso de las entenadas de Luisa de Betancor (Betancor Quintana, 2004, p. 15).

Además del topónimo de Hoya de Pineda se emplazan, en este área, otros nombres de lugares como Hoya del Guanche, Hoya del Bardo y Cuevas del Bujo. En relación a la denominación de Hoya del Guanche, según comunicación personal del doctor Gabriel Betancor Quintana (octubre de 2003), este nombre pudiera deberse a la presencia, a comienzos del siglo xvi, de población indígena originaria de Tenerife (guanches) que fueron deportados y obligados a asentarse en esta parte de la isla de Gran Canaria. En ese sentido, hay que decir que próximo a la Hoya de Pineda se ubica un topónimo de clara procedencia prehispánica de la isla de Tenerife, como es Tegueste.



Lámina 1.

Un documento oral de gran interés nos lo aporta el locero don Nicolás Godoy Vega. En él se comenta el origen de la construcción de las actuales cuevas viviendas en La Degollada, parte de la actual Hoya de Pineda. Este hecho quizás ocurriría durante el siglo XIX y parece confirmarse por el aumento de nacimientos que se registran en este lugar a mitad de ese siglo:

D. Clemente, un señor rico, que tenía todo eso ahí enfrente, esto aquí y la Joya eran de él. Esto por aquí se lo dio a los pobres, dio permiso a nosotros, ¿no?, a los antiguos y todo el que quiso hacer cuevas hizo cuevas y todo el mundo hizo cuevas. Esa historia ha venido desde siempre (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar, XI-2000).

LOS ESTUDIOS DE CERÁMICA EN EL CENTRO LOCERO DE HOYA DE PINEDA

Las primeras referencias, en el estado actual de las investigaciones, que hacen alusión a la fabricación de loza en Hoya de Pineda, según los estudios realizados por el doctor Gabriel Betancor Quintana (2004, p. 15), se documentan en 1524. En ese año, la que fuera princesa aborigen *Maseguera*, bautizada como Catalina de Guzmán, compraba loza de tradición indígena, producida en Hoya de Pineda, a las hijastras de Luisa de Betancor, antigua princesa *Tenesoya*. Pudiera ser que en este pago se elaborara loza de influencia indígena hasta el siglo XVI y que, luego, desapareciera esta actividad, hasta que en el siglo XIX comenzara nuevamente la producción de cerámica (esta vez con gentes procedentes de La Atalaya).

En ese sentido, desde la aludida cita de 1524 no hemos documentado ninguna otra alusión a la fabricación de cerámica en esta localidad, hasta el siglo XIX. Concretamente en la relación del Padrón General de la Población del año 1834, relativo al término de Santa María de Guía, depositado en los fondos del Archivo de El Museo Canario, consta que este término municipal poseía unos 3.616 habitantes y de ellos se contabilizan hasta 7 personas como alfareros o loceras. Sin embargo, la primera cita que alude a la elaboración específica de cerámica en este lugar se debe al farmacéutico Cipriano Arribas Sánchez, el cual comenta que en esta localidad de Gáldar se fabricaba loza basta (Arribas Sánchez, 1900, p. 268).

Las primeras menciones al centro locero de Hoya de Pineda como tal son ya del siglo XX. El primero de los autores en citarlo fue Sebastián Jiménez Sánchez (1958, p. 213). Este investigador la considera (Hoya de Pineda y La Degollada) como uno de los centros herederos de la etapa prehistórica, junto a otros, como La Atalaya de Santa Brígida, Lugarejos, El Hornillo en Artenara y Tunte en San Bartolomé de Tirajana. Este mismo planteamiento lo asumirían después otros autores (Martín de Guzmán, 1984, p. 363). Hay que aclarar que el primer estudio específico sobre este centro locero se debe al citado Celso Martín de Guzmán, quien en el año 1968 redacta un trabajo de investigación titulado *Un taller de alfarería en Gran Canaria: Hoya de Pineda, Gáldar*, que permanece aún inédito y que sólo conocemos a través de una mención realizada en una cita a pie de página de un trabajo publicado por el doctor Rafael González Antón (1977, p. 84). Posteriormente surgen los primeros estudios etnográficos publicados sobre este centro locero (González Antón, 1977, pp. 84-85; Cuenca Sanabria 1981, pp. 23-25 y López García, 1983, pp. 567-576). Todos estos trabajos coinciden en un análisis donde priman los aspectos técnicos, como la descripción de la búsqueda del barro, el proceso de fabricación de la loza, el secado, el guisado, las herramientas usadas en su elaboración, los tipos de hornos, la venta, etc. Asimismo, en estas investigaciones se plantea, nuevamente, la atribución de un origen prehispánico de este centro locero.

SOBRE EL ORIGEN DEL CENTRO LOCERO TRADICIONAL DE HOYA DE PINEDA

Recientemente, se ha elaborado un estudio específico en torno al origen de este centro locero tradicional. En él se plantea que, tal y como existe en la actualidad, éste sería relativamente reciente, en torno a comienzos del siglo XIX y que se crearía con aportes poblacionales desde de otro centro alfarero de la propia isla de Gran Canaria (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2003). Para ello nos hemos basado en el análisis de diversos documentos depositados en los Archivos Parroquiales de Santiago Apóstol de Gáldar, Santa María de Guía y Santa Brígida, así como en el citado Padrón General de Población de la isla de Gran Canaria del año 1834. Según esta documentación, se podría afirmar que ese origen está en La Atalaya de Santa Brígida, probable foco difusor de, tal vez, todos los centros loceros que estaban en producción en la isla de Gran Canaria, al menos en el siglo XIX (Hoya de Pineda, Moya, La Aldea de San Nicolás de Tolentino, Lugarejos, Tunte y Santa Lucía de Tirajana).

El primer testimonio cronológico que nos informa de la existencia de loceros en Hoya de Pineda lo encontramos en el mencionado Padrón General del año 1834. En dicho documento se citan las siguientes personas como loceros: Brígida Sánchez (viuda), Matías Suárez y su mujer Juana, Josefa Machín (viuda), Francisco Rodríguez y su mujer Josefa, así como María Manuela (viuda). Todos ellos (excepto Matías Suárez) proceden del pago de Las Cuevas de las Loceras, sito en La Atalaya de Santa Brígida. A su vez, todos los alfareros y alfareras documentados en el Archivo Parroquial de Santiago Apóstol de Gáldar descienden de las loceras que se asentaron a comienzos del XIX en Hoya de Pineda. Con los datos que

disponemos en la actualidad se plantea que todas aquellas personas, junto a otras de la misma procedencia, se establecieron en Hoya de Pineda en las primeras décadas del siglo XIX, concretamente entre 1815 y 1825. Quedaría todavía por aclarar los motivos que llevaron a estas gentes a asentarse en este lugar, aunque se sospecha que la causa principal sea la proximidad de las barreras, así como de las otras materias primas y la estratégica situación de este pago con respecto a las zonas de venta o trueque (Gáldar, Guía, Agaete, Arucas, Teror, La Aldea, etc.), que comenzaban a aumentar su población. En todo caso, es probable que las razones que motivaron a aquellas familias a abandonar La Atalaya y fundar otros centros loceros en la isla, se relacionan con el marco histórico del momento. En ese sentido, habría que decir que en casi todo el siglo XIX Gran Canaria se ve envuelta en una grave crisis económica, social y política, agravada por la aparición de diversos episodios de hambrunas y epidemias. Estas razones llevarían a las familias de loceras a abandonar el gran centro alfarero de La Atalaya, puesto que ya se no exportaría tanta loza como hasta comienzos del siglo XIX y fundar otros alfares en localidades que demandarían piezas cerámicas para el abastecimiento diario y cotidiano.

LA CADENA OPERATIVA

El lugar de trabajo se localizaba en las mismas cuevas, aunque algunas familias disponían de una especial destinada para este fin. Estas oquedades son de naturaleza artificial, elaboradas a pico. En dichas cuevas se trabajaba en el mismo suelo, si bien se colocaba una capa de arena, para impedir de este modo que el barro se adhiriera al suelo. Algunas loceras también colocaban lajas de piedra como base para hacer la loza.

Selección y obtención de la materia prima: el barro, la leña, la arena y el almagre.

El barro y la leña se obtenían de la cima de la Montaña de Guía, que se encuentra cerca de Hoya de Pineda. La arcilla se extraía practicando zanjas con la ayuda de picos y azadas, hasta localizar, a no mucha profundidad, la veta deseada, ésta era conocida por su color y plasticidad. Generalmente eran los hombres los que realizaban esta operación. Para combustible se escogían especies tales como el horgazo (*Cistus symphytifolius*), que era la leña más empleada, así como jarones, retamas (*Retama monosperma* L), pencas de *tuneras* (*Opuntia ficus indica*) secas e incluso tablas y maderas viejas (J. Cuenca Sanabria, 1981, p. 25).

La arena es en Hoya de Pineda la propia ceniza volcánica compactada (denominada tosca o toba) que se extraía de las propias cuevas, aprovechando los desechos de las extracciones para crearlas o ampliarlas. Una vez obtenida la tosca, se machacaba y se tamizaba quedando así preparada para su utilización. En cuanto al almagre para la decoración, se extraía del pago de El Saucillo (Gáldar), a unos 2 kilómetros de distancia de Hoya de Pineda.

Preparado del barro

El barro se trasladaba a la cueva alfar y allí se machacaba con un mazo de madera y se limpiaba de impurezas (raíces, piedras, etc.). Luego se depositaba en un hoyo, denominado goro, situado generalmente a la entrada, y se le añadía agua para que se esponjara. Elaborado el barro, se le añade la arena. El amasado del barro junto con la tierra de tosca se realiza con los pies descalzos. Éste es uno de los trabajos más duros, luego se prepara amasando con las manos, nada más que la porción que se va a utilizar.

Levantamiento de las piezas

El sistema empleado para levantar las piezas es el denominado como de urdido. Primero se pone barro y se golpea para crear la base, luego se van añadiendo churros o bollos, de barro (de forma cilíndrica) y se va moldeando con la mano, mientras se gira la base lentamente, con la ayuda de la arena depositada en el suelo. En este proceso de levantamiento la locera emplea las denominadas lisaderas de levantar. A todo este proceso se le llama, por parte de las loceras, “hacer la funda” (ver lámina 2).



Lámina 2.

Estas lisaderas [*lisaderas de levantar*] son pa aquellas tallas que usted ve los bernegales y esas cosas, se hacen rectos pa arriba, pero después, con estas lisaderas se van alargando, alargando y se va dándole la forma. Primero, se alargaba por adentro y, luego, se deja, se le da un poco de barriga y se deja, y cuando esté bien encorao, bien encorao, vuelve y se coge otra vez un poco y, después, se emparejaba, emparejar quiere decir que ya el bernegal se pone en el sitio, si hay una cosa que está metía un poco se saca, se va emparejando, emparejando.

(Don Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

Una vez realizada la funda, la pieza se pone a secar al aire, en algún sitio en el que exista sombra. El secado, denominado oreado por las loceras, dura entre uno y dos días.

Tratamiento de las piezas

A continuación comienza el proceso llamado *habilitar*, en el que se utilizan las rasponas de piedra porosa y los trozos de aros de metal (antiguamente se empleaban trozos de caña o de madera) para desbastar. Asimismo, se utilizan las lisaderas de aliñado, última operación antes del almagrado y bruñido con las lisaderas de almagría:

Cuando estaba oria, entonces mi madre la habilitaba. Yo aliñaba loza, la raspaba, pero hacerla no la hice nunca. Hoy la loza no es como la de antes, hoy cuatro tallas pesan más que antes veinte tallas, ¡cristiano, eso era liviano!, hoy le echan mucho barro.

(Don Santiago Suárez Santiago, 88 años, Hoya de Pineda, Gáldar, VII- 2001).

Antes los hombres cuando llegaban del trabajo, se ponían habilitar la loza

(Doña Juliana María Suárez Vega, 83 años, Hoya de Pineda, Gáldar, X-2000).

Este proceso consiste, *grosso modo*, en el recortado de las piezas, pelándolas con los aros metálicos (procedentes, en su mayoría, de barricas o toneles de vino). Con ellos se extrae el barro sobrante, sobre todo de la parte de las paredes exteriores de la base. Una vez recortada la pieza, se raspan, con las rasponas, las paredes exteriores e interiores, al objeto de quitar asperezas de las mismas. Hay que aclarar que el recortado y el raspado son procesos intercambiables en el tiempo. Con posterioridad se emplean las lisaderas de aliñado para homogeneizar (emparejar) las paredes exteriores e interiores. Una vez alisada completamente toda la pieza, se deja nuevamente a orear.

Una de las peculiaridades de la cerámica de Gran Canaria es su decoración: ésta se conseguía a través de la utilización de unos elementos líticos conocidos por las loceras con el nombre de *lisaderas de almagría* (bruñidores). Estas piezas líticas son las herramientas más valoradas por las loceras. La técnica del bruñido total o parcial se realiza cuando la pieza está a punto de oreo, después de aplicar el almagre y un poco de petróleo sobre la loza (en diversas citas del siglo XIX se expone que en otras localidades se aplicaban orina y/o aceite de pescado), dándole un brillo metálico a la zona bruñida. En relación a estos bruñidores, Pedro Lezcano Montalvo efectúa una certera descripción de estos útiles líticos:

Existen diversas formas de “lisaderas” y cada cual tiene su cometido. Unas picudas, sirven para pulimentar las bocas estrechas: otras cóncavas, para las asas y los bordes; algunas, agudas para grabados decorativos.

Lo interesante de estas piedras es el valor de reliquia que les otorgan sus propietarios. Las buenas “lisaderas” son centenarias; pertenecían a “sus mayores”, por lo que no logré que se desprendieran de ninguna, pese a mis ofertas, y me pareció que ejercían sobre las ancianas atracción de talismán.

Las más viejas “lisaderas” están notablemente brillantes, y pulimentadas a fuerza de pulimentar loza.

(P. Lezcano Montalvo, 1944, p. 179).

Según las investigaciones que estamos realizando sobre los motivos decorativos de las cerámicas que se elaboraron en el Centro Locero de Hoya de Pineda, son los bernegales los elementos cerámicos que más se solían decorar. En este sentido, estos contenedores de agua

son los que cualitativa y cuantitativamente más han seguido siendo objeto de demanda hasta nuestros días, respondiendo estas circunstancias al uso estas cerámicas como elementos decorativos o por la reutilización de los mismos con otros fines (como las macetas).

En una primera valoración de los datos que disponemos, parecen existir unas características propias de este centro locero, en cuanto a la disposición de la ornamentación en los bernegales se refiere. Los rasgos generales que presentan estas cerámicas son los siguientes: el cuello exterior e interior, así como el hombro aparecen totalmente bruñidos. Del hombro parten bandas curvas y paralelas entre sí, inclinadas de izquierda a derecha que, en ocasiones llegan hasta la base, recorriendo toda la panza de la pieza. En otros bernegales estas bandas curvas sólo llegan del hombro a la mitad de la panza, con una orientación de derecha a izquierda, y de la mitad de la panza hacia la base parten líneas rectas continuas de izquierda a derecha. Otra combinación que aparece en los bernegales son bandas anchas que salen del hombro. Estos bernegales en ocasiones pueden disponer de asas, siendo las más características las de tipo lengüeta y las circulares con perforación. Éstas últimas suelen situarse al final del hombro y la cantidad oscila entre cuatro y ocho por bernegal. La base de los bernegales decorados suele también presentar motivos ornamentales (reticulados, elípticos). Desconocemos el motivo por el que esta parte no visible de las cerámicas presenta decoración. Quizá esta circunstancia podría responder a marcas de identificación de alfares o marcas personales de alfareras, si bien desconocemos los motivos concretos que llevaron a las loceras a realizar este tipo de decoración.

Guisado o cocción

El guisado en Hoya de Pineda se realiza con hornos cubiertos de una sola cámara simple y tiraje por la puerta, donde la combustión y las piezas a guisar comparten el mismo espacio (Sempere Ferrándiz, 1992: 198-225). Este tipo de hornos puede alcanzar una media de 800 a 1.000 °C, pudiendo llegar a 1.500 °C. El hombre era el encargado del guisado y recibía el nombre de guisadero. Dada la complejidad de esta operación se requería una especialización.

Habían hombres que se encargaban de guisar la loza, que se llamaban guisaderos, yo era un guisadero muy viejo, mi padre también era guisadero. Yo me pegaba hasta una semana en la puerta del horno, usábamos pitones y jurgoneros, a los palos menus que se usaban pa sacar la loza y para moverla. Después que murió mi padre Yo iba hasta La Aldea a guisarle la loza a mi madre, me escribía y me mandaba a buscar una vez al mes o antes del mes.

(Don Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

En cada hornada, es decir, cada vez que se cargaba el horno de loza, la cocción duraba una media de tres horas.

Una hornaa se lleva por lo menos tres horas y eso estaba ardiendo noche y día, unos terminaban ahora con dos hornaa, o tres, unos hacían una, otros hacían dos, otros hacían tres y yo llegué hacer cinco, un mes tardaba uno en hacer cinco hornaa de lozas.

En el horno se colocaba lo grande primero, se hacían muchos tostadores, lebrillos que le dicen, los tostadores eran pa tostar el millo y el lebrillo era pa jacer pan, estos iban a la punta atrás y después se le ponían una maceta debajo, una por un lao y otra

por otro, y el lebrillo alevantao, pa arriba y, después, se colocaban los bernegales, uno en simba de otro y, después, cazuelas, macetas, todas estas menencias y a la punta fuera del too, platos de bernegales, macetillas pequeñillas, esas cosas. Y allí se empezaba, se le daba la carga se iba echando leña pa adentro, dándole vuelta a la loza y sacando loza pa fuera y, después, cuando se enfriaba la íbamos acarreado en cestas grandes a las cuevas y, después, cargábamos el horno otra vez (D. Nicolás Godoy Vega, 86 años, Hoya de Pineda, Gáldar. XI-2000).

Se ha podido documentar en una parte de Hoya de Pineda un alfar tradicional que empleaba una cueva artificial como horno, esta cueva, denominada “Cueva del Horno de la Loza” (cuyas paredes todavía presentan huellas de haber sufrido altas temperaturas) se ubica a unas decenas de metros de distancia las denominadas Cuevas del Bujo y en las laderas aledañas se observan fragmentos cerámicos esparcidos por una amplia superficie. Según los datos orales de disponemos, tal vez fue en estas Cuevas del Bujo el foco primigenio del centro alfarero de Hoya de Pineda (Zamora Maldonado y Jiménez Medina, 2003). Por otra parte, en el centro locero de Lugarejos se ha documentado hasta cuatro guisaderos en el interior de cuevas artificiales (Carta Etnográfica del término municipal de Artenara).

Comercialización, distribución y venta de la loza de Hoya de Pineda

La venta y distribución de la loza de Hoya de Pineda se realizaba a pie, recorriendo normalmente distintos pagos del norte de Gran Canaria. En la misma participaban mujeres hombres y niños. Esta operación se realizaba en los mercados locales (en Arucas pernoctaban el viernes para participar en el mercado del sábado, ese mismo día iban al de Guía, mientras que el domingo acudían al de Gáldar), y diversas entidades poblacionales (Agaete, La Aldea, Moya, Tejeda, Bañaderos, Barranco Hondo, Tamaraceite, Las Palmas de Gran Canaria, etc.) llegando ocasionalmente hasta Telde y Agüimes. En algunos de estos puntos de población la venta, o más bien el trueque, se realizaba adaptándose al ciclo agrícola de recogida de los cultivos. Un aspecto relacionado con la distribución del producto elaborado sería el propio traslado de loceras, con el ánimo de asentarse en esas localidades. Éste es el caso de algunas de Hoya de Pineda que, a comienzos del siglo xx, se trasladaron a vivir a La Aldea de San Nicolás de Tolentino y a Tasarte para desempeñar su oficio.

TIPOLOGÍA DE LA LOZA DE HOYA DE PINEDA

Las piezas cerámicas documentadas en Hoya de Pineda, según los trabajos de Rafael González Antón (1977, pp. 84-85), Julio Cuenca Sanabria (1981, p. 25) y Juan Sebastián López García (1983, p. 574), así como nuestra observación directa en el propio centro alfarero y la recogida de tradición oral, se corresponden a los siguientes elementos relacionados con el menaje de la cocina rural y que podrían encuadrarse en la tipología funcional que proponemos a continuación:

1. Preparación y manipulación de alimentos: lebrillo.
2. Cocción de alimentos: cazuelas y cazuelos, ollas y tostadores o frigueras (de café, de millo, de castañas, etc.).
3. Servicio y presentación de alimentos: cazuelos para servir leche, cucharas, platos, soperas y vasos.

4. Almacenaje, transporte, contención y conservación: bernegales, jarras (recipientes de hasta 50 litros, o más, de capacidad), porrones, tallas, así como jarras pequeñas.
5. Iluminación: candiles, palmatorias, etc.
6. Contenedores de fuego: braseros, fogueros, hornillas u hornos de pan y sahumerios.
7. Complementos: tapaderas de bernegales, tapas para ollas y cazuelos, etc.
8. Higiene doméstica y personal: ganiguets y pilones.
9. Usos lúdicos: ceniceros, juguetes (generalmente eran réplicas en miniaturas de tallas, platos, vasos, etc., así como figuras) y macetas.
10. Usos rituales: incensarios o sahumerios (o sajumadores).
11. Indefinidos u otras funciones: todos aquellos elementos de los que se desconoce o no se puede determinar su funcionalidad.

Hay que aclarar que la tipología cerámica tradicional de Hoya de Pineda ha variado en estos últimos treinta o veinte años debido a la celebración de ferias de artesanías y, sobre todo, a partir de la demanda de cierto tipo de piezas enfocadas al turismo (decorativas, de menores dimensiones, etc.). Esto ha supuesto la adquisición de nuevas formas, como cierto tipo de tinajas que se corresponden con jarras de pequeño tamaño.

ANÁLISIS DE LAS PIEDRAS USADAS

En cuanto a las piezas líticas empleadas en la elaboración de la cerámica en Gran Canaria, las primeras citas sobre la existencia de las mismas las encontramos en las obras de Antonio Cedeño (copia redactada, supuestamente, antes de 1495), que nos habla de piedras lisas empleadas en el bruñido (en Morales Padrón, 1993, p. 371) y Tomás Arias Marín de Cubas, que comenta el empleo de gujarrillos también en el bruñido (Marín de Cubas [1687-1694] 1986, p. 258). Si bien dichas citas hacen alusión a la cerámica indígena o prehispánica, cabría pensar que algunas podrían hacer alusión, en realidad, a la cerámica tradicional o colonial, o como mantiene el doctor Jorge Onrubia Pintado responden, al menos en algunos pasajes, a observaciones etnográficas (o incluso arqueológicas) más tardías (Onrubia Pintado, 2004, p. 378).

Características formales

Los elementos líticos empleados en la elaboración de la cerámica de este centro locero y, por extensión, en toda la isla de Gran Canaria, proceden de las costas isleñas. En este caso, la locera doña Rafaela nos comenta que recogían las piedras en la playa de Las Nieves (Agaete). Ello implica que su morfología sea mayoritariamente la de cantos rodados de tendencia oval o elipsoidal, con distintos grados de aplanamiento. En la playa se procede a la selección de los futuros instrumentos de trabajo. La morfología y la textura de las piedras son los criterios que determinan la elección de las piezas (ver lámina 3).

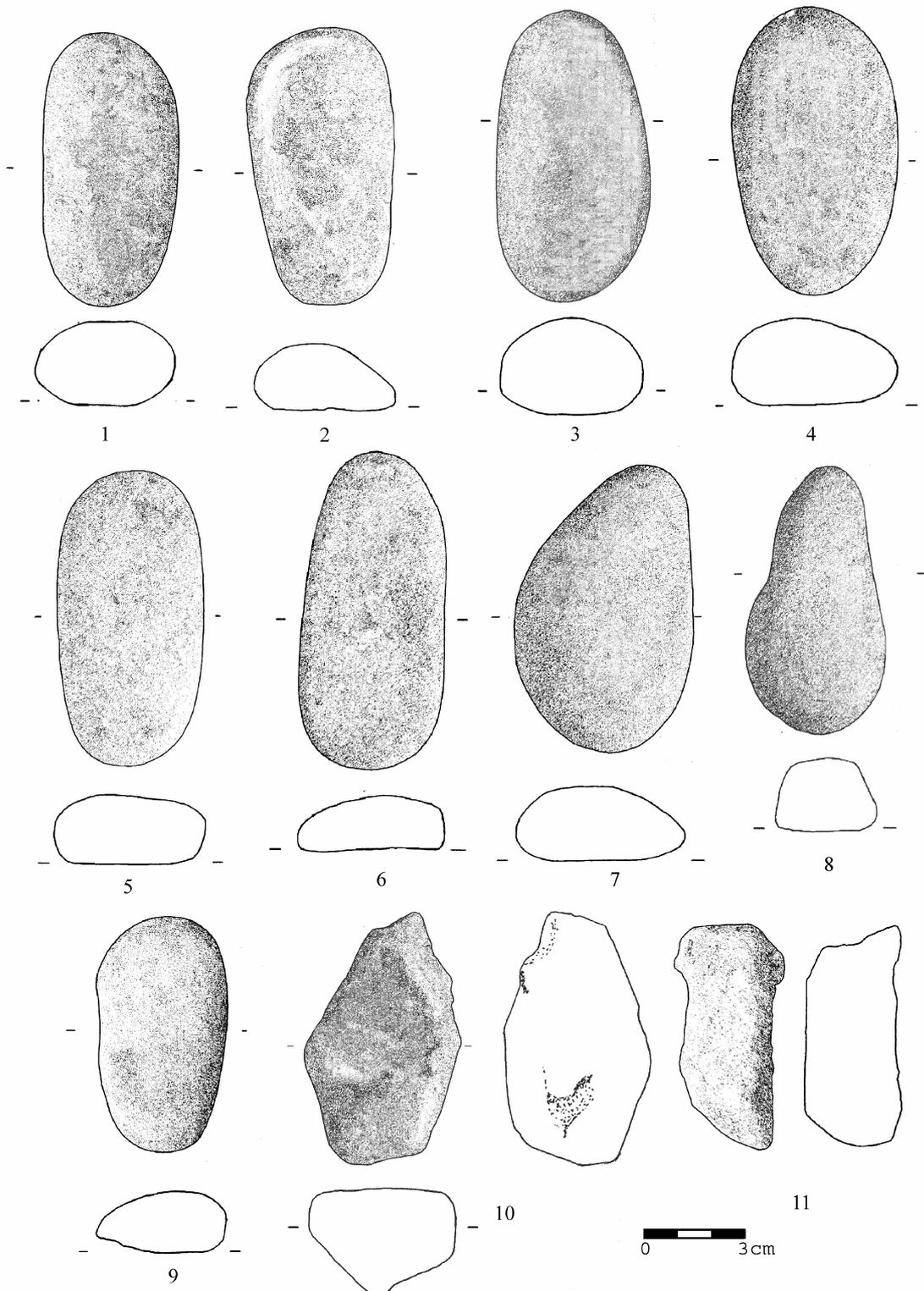


Lámina 3.

La textura será la cualidad más importante cuando se trata de elegir una nueva lisadera de almagra o bruñidor. En este caso se seleccionan los cantos de grano más fino y homogéneo,

de naturaleza masiva con un alto grado de compacidad. Otro tanto sucede con las rasponas, aunque en esta ocasión se requieren cualidades opuestas, pues lo que se necesita es precisamente una textura muy áspera. Sin embargo, tanto las lisaderas de levantar, como las destinadas al posterior regularizado de las superficies de cerámica pueden tener texturas muy diferentes. En cuanto a la materia prima predominan las rocas eruptivas ácidas, como la ignimbrita fonolítica, fonolita de textura fluidal, basaltos piroxénicos, porfídicos y olivínicos y una roca silícea que puede ser calcedonia u ónice. Las dos rasponas están compuestas por una amalgama de pequeñas rocas de diversa naturaleza cimentadas en una matriz. Una de ellas es de arenisca y puede observarse claramente la arena compactada de playa, que se disgrega con gran facilidad durante el trabajo. La otra tiene un origen claramente antrópico, pues se trata de un trozo de bloque de hormigón, que proviene probablemente de un fragmento de baldosa de tipo terrazo o similar, que ha sido modelada por la erosión marina.

Por lo que respecta a la morfología de las piezas, ésta es más determinante en el caso de lisaderas de levantar y de finalizar que en las otras dos categorías de objetos. Los bruñidores son por lo general las piezas más pequeñas, con unas dimensiones medias de 48x34x24 mm. Son cortos y gruesos. Sus formas pueden ser bastante caprichosas, debido a que la intensidad de su uso ha ido creando áreas bien delimitadas por biseles que han modificado profundamente su aspecto original. Las lisaderas de alinado son las que siguen en tamaño a los bruñidores, con 63x36x17 mm. como media. Pueden ser alargadas o cortas, pero delgadas. Esto facilita que se destaque claramente uno o dos segmentos del canto, bien delimitados por biseles que serían los filos activos (ver lámina 4).



Lámina 4.

Las rasponas tienen formas irregulares y su tamaño suele ser mayor al de las lisaderas de alinear. En este caso, las dos analizadas tienen unas dimensiones medias de 65x34x26,5 mm. Éstas particularmente son alargadas y gruesas. Las piezas de mayor tamaño son las lisaderas de levantar, pues alcanzan una media de 81x43x21 mm. Son además largas y delgadas. Al igual que ocurría con las lisaderas de alinear, esto permite destacar claramente los biselés activos, que también tienen una morfología rectilínea con tendencia a la concavidad.

Distribución y características de los estigmas

Los tipos de huellas de uso observados son: accidentes lineales, desgaste, estigmas de percusión y pulido. De entre todas ellas son las estrías las que tienen un mayor desarrollo.

Estrías. Los accidentes lineales observados se caracterizan por tener un destacado desarrollo longitudinal. Su profundidad y anchura son variables y parecen depender principalmente de la dureza y textura de la roca. Por el contrario, no se han podido detectar los cambios que pudiera producir el grado de humedad del barro o la posibilidad de variación en la presión contra el recipiente según el tipo de trabajo. Es decir, cuando la materia prima es la misma y tiene igual textura, las estrías son similares en bruñidores o lisaderas, lo que cambia es su densidad y disposición. En ocasiones se observa claramente que se produjeron con un movimiento de vaivén, y suelen aparecer agrupadas en haces espesos.

En el caso de las lisaderas de levantar y las de alinear, las estrías tienen una distribución idéntica. Ocupan todo el área del segmento activo y tienen una orientación transversal. En las lisaderas de levantar en ocasiones desbordan ligeramente los biselés creados, mientras que en las de alinear suelen circunscribirse más claramente a los límites de esas superficies, que cambian su ángulo de forma brusca. En el resto de la pieza aparecen de manera errática y deben atribuirse a todo tipo de accidentes fortuitos.

Los accidentes lineales son muy difíciles de observar en las rasponas debido a la gran irregularidad de sus superficies.

Por último, las estrías cubren completamente la superficie de los bruñidores más usados. En unos casos guardan una orientación fija en toda la pieza, mientras que en otros pueden indicar dos o tres predominantes, que coinciden con las áreas activas delimitadas.

Desgaste. La pérdida paulatina de masa y volumen de los cantos puede observarse claramente en la deformación de las curvas naturales de los cantos usados. Ya se ha indicado que ese desgaste está muy localizado en el caso de las lisaderas, de forma que crea una superficie de desarrollo plano o cóncavo, bien delimitada por biselés. En los bruñidores el desgaste es aún más espectacular, y se multiplican las áreas bien marcadas por los correspondientes cambios de ángulo, con una delineación predominantemente cóncava. Por lo que se refiere a las rasponas, el desgaste es también aquí más difícilmente observable, pero en los dos casos bajo análisis se ha detectado un segmento de superficie más regular que el resto.

Huellas de percusión. No existen muchas piezas con este tipo de estigmas bien desarrollados, a pesar de que la forma de almacenarlas podría propiciar la abundancia de choques. Los accidentes más claros corresponden a pequeñas cupulillas, de las que parten a veces fracturas en estrella, que parecen haber sido generadas por una percusión directa. Éstas se han observado en un bruñidor y en una lisadera de regularizar superficies.

Pulido. En este caso es muy difícil disociar el pulido de los accidentes lineales, que, como hemos visto, tienden a ocupar la totalidad de las superficies de las áreas activas. Cuando las piezas se observan con la lupa binocular, e incluso a simple vista en algunos casos, destaca el brillo o lustre que desprenden las superficies activas, resultado de la mayor regularización de esas áreas con respecto al resto. Por el contrario, si se usa un microscopio se observa un pulido mate, de trama media a cerrada, de aspecto plano, sin volumen, que se desarrolla en manchas bien delimitadas que no ocupan toda la superficie. Hay que destacar que a esta escala se multiplica el efecto distorsionador de las vacuolas, dificultándose aún más la observación.

CONCLUSIONES

La primera conclusión destacable es que no se han observado diferencias en las huellas de uso que puedan atribuirse a los distintos tipos de trabajo que llevaron a cabo los diferentes útiles. Por lo tanto, cada labor incide en la intensidad y en la distribución de las huellas de uso, pero su aspecto individual será el mismo. Creemos que es posible distinguir claramente entre bruñidores y lisaderas de levantar o de alinear tanto por la propia morfología de estos objetos como por la distribución de los estigmas de uso.

Los bruñidores son generalmente cortos y gruesos, están constituidos por una serie de superficies activas bien delimitadas por biseles, que en ocasiones les confieren una morfología poliédrica, con caras de tendencia cóncava. Son los elementos más reflectantes, lo que es una consecuencia de la intensidad de uso, del añadido intencional de una materia abrasiva como es el almagre y, sobre todo, de la textura tan fina de la superficie virgen del canto originalmente seleccionado (ver lámina 5).

Las lisaderas de levantar y las de alinear comparten una serie de estigmas comunes. Suelen respetar más claramente la morfología original del canto rodado que se seleccionó para ser usado, pues la zona de trabajo es más limitada. Tienen unos segmentos de filo activo bien delimitados, con un desgaste que modifica la curvatura natural del canto y la vuelve rectilínea e incluso cóncava. Además, en ocasiones es posible distinguir a simple vista o a la lupa binocular una pátina o lustre diferencial con respecto al resto de la superficie. Las estrías tienen siempre una orientación transversal y se agrupan en haces muy densos. Las diferencias radican en que mientras que parecen estar más limitadas al interior de la superficie marcada por los biseles en el caso de las de finalizar el recipiente, en el de las de levantar suelen desbordar ese marco.

También el análisis morfológico de estas dos categorías de artefactos puede ayudarnos a diferenciarlos. Las lisaderas de levantar acostumbran a ser de mayor tamaño, con índices de alargamiento y carenado altos. Sus filos activos suelen tener un mayor segmento de arco en acción. De hecho, las alfareras pueden distinguir en esta categoría entre lisaderas para trabajar recipientes abiertos como tostadores, frigueras, pilones o platos, que suelen ser las de mayor tamaño, y lisaderas para trabajar recipientes cerrados como bernegales o jarras, que son más pequeñas. Las lisaderas de alinear tienen la tendencia de ser más cortas, aunque también son delgadas, y sus filos activos tienen un segmento de arco menor.

Por último, las rasponas serían la categoría más difícil de detectar en un registro arqueológico. No tienen una morfología estereotipada, ni tampoco se selecciona una materia prima concreta, sino que cualquier roca áspera puede servir.

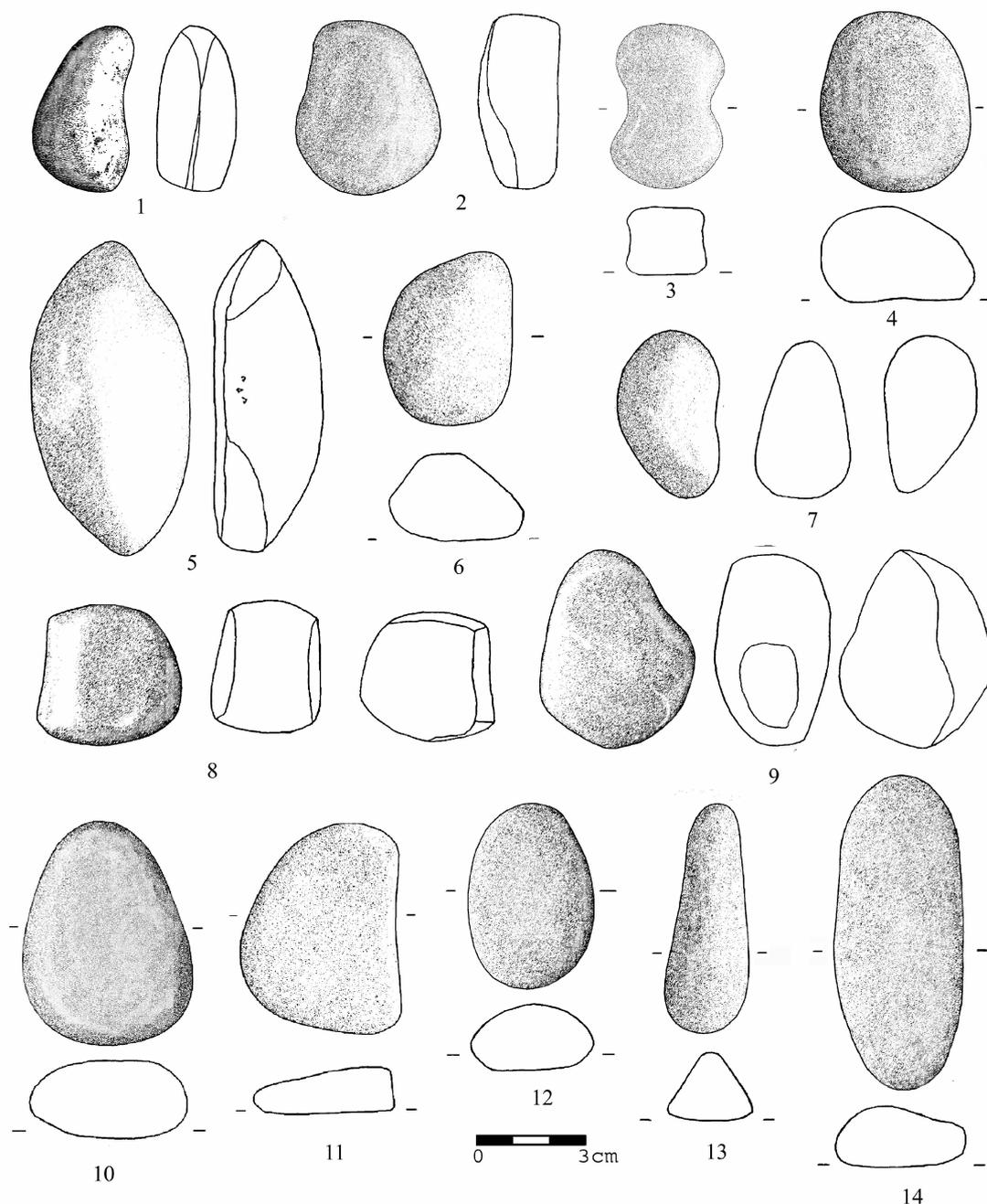


Lámina 5.

La suma de todos estos datos nos permitirá disponer en el futuro de una serie de criterios objetivos que van a facilitar la identificación de parte de los cantos rodados que se localizan en los yacimientos arqueológicos como integrantes de las cadenas operativas de elaboración de recipientes cerámicos. Las huellas de utilización que han quedado impresas en las piedras son el testimonio de la transformación de unas materias primas concretas, el barro, la toba y el almagre molidos, en un determinado contexto en el que varían agentes como el nivel de humedad, y unas cinemáticas de trabajo recurrentes y pautadas, orientadas a obtener unos resultados determinados. Esos estigmas están comenzando a ser identificados en los contextos arqueológicos de la isla, pero también pueden serlo en cualquier otro conjunto de cronología y procedencia cultural distinta.

BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ RIXO, José Agustín, *Cuadro histórico de estas Islas Canarias, noticias generales de su estado y acaecimientos mas memorables, durante los cuatro años de 1808 a 1812*, Las Palmas de Gran Canaria, Ed. El Gabinete Literario, 1955 [1841].
- ARRIBAS Y SÁNCHEZ, Cipriano, *A través de las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Ed. Antonio Delgado Yumar, 1900.
- BETANCOR QUINTANA, Gabriel, “Los canarios y la caña de azúcar, siglo XVI”, Las Palmas de Gran Canaria, Cabildo de Gran Canaria - Caja Rural de Canarias, *XVI Coloquio de Historia Canario Americana, Resúmenes*, 2004, p. 15.
- CUENCA SANABRIA, Julio, “Las cuevas de Pineda: un centro alfarero de tradición aborigen en el noroeste de Gran Canaria”, *Aguayro n° 131*, 1981, pp. 23-25.
- , “El Cercado: centro alfarero de La Gomera”, *Aguayro n° 147*, 1983, pp. 25-28.
- ESCOLAR Y SERRANO, Francisco, *Estadística de las Islas Canarias, 1793-1806*, Las Palmas de Gran Canaria, Ed. Caja Insular de Las Palmas, 1983 [1ª ed. 1806].
- FARIÑA GONZÁLEZ, Manuel A., “Las loceras de San Miguel de Abona (Tenerife)”, *El Pajar. Cuaderno de Etnografía Canaria n° 3*, 1998, pp. 49-58.
- GONZÁLEZ ANTÓN, Rafael, *La cerámica popular en las Islas Canarias*, Santa Cruz de Tenerife, Ed. Cabildo de Tenerife, 1978.
- JIMÉNEZ SÁNCHEZ, Sebastián, “Cerámica grancanaria prehistórica de factura neolítica”, *Anuario de Estudios Atlánticos n° 4*, 1958, pp. 193-244.
- LEZCANO MONTALVO, Pedro, “Visita a La Atalaya de Gran Canaria”, La Laguna, Ed. Instituto de Estudios Canarios, *Tradiciones Populares: Palabras y Cosas. Colección de ensayos y notas de folklore canario I*, 1944, pp. 171-184.
- LÓPEZ GARCÍA, Juan Sebastián, “Cerámica popular canaria: taller de Hoya de Pineda de Gáldar”, *Anuario de Estudios Atlánticos n° 29*, 1983, pp. 567- 576.
- MARÍN DE CUBAS, Tomás Arias, *Historia de las siete Islas de Canaria*, Madrid, Ed. Real Sociedad Económica de Amigos del País de Las Palmas de Gran Canaria, 1986 [1ª ed. 1687-1694].
- MARTÍN DE GUZMÁN, Celso, *Un taller de alfarería en Gran Canaria: Hoya de Pineda, Gáldar*, inédito, 1968.
- , *Las culturas prehistóricas de Gran Canaria*, Madrid, Ed. Cabildo de Gran Canaria, 1984.
- MORALES PADRÓN, Francisco, *Canarias. Crónicas de su Conquista. Transcripción, estudio y notas*, Madrid, Ed. Cabildo de Gran Canaria, 1993 [1.ª ed. 1978].
- NAVARRO MEDEROS, Juan Francisco, *Los gomeros. Una prehistoria insular*. Santa Cruz de Tenerife, Ed. Gobierno de Canarias, 1992.
- , “El viaje de las loceras: la transmisión de tradiciones cerámicas prehistóricas e históricas de África a Canarias y su reproducción en las islas”, *Anuario de Estudios Atlánticos n° 45*, 1999, pp. 61-118.
- ONRUBIA PINTADO, Jorge, *La isla de los guanartemes. Territorio, sociedad y poder en la Gran Canaria indígena (siglos XIV-XV)*, Madrid, Ed. Cabildo de Gran Canaria, 2004.
- RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Amelia del C., “La tecnología de la piel y el cuero en la Prehistoria de Canarias. Una aproximación etnoarqueológica”, *El Museo Canario n° LII*, 1997, pp. 11-31.

—, “The Reconstruction of Ancient Leather Technology or How to Mix Methodological Approaches”, *Urgeschichtliche Materialhefte n° 14*, 1999, pp. 99-110.

RODRÍGUEZ RODRÍGUEZ, Amelia del C.; JIMÉNEZ MEDINA, Antonio M. y ZAMORA MALDONADO, Juan M., “El empleo de cantos rodados en la elaboración de la loza tradicional de la isla de Gran Canaria, implicaciones etnoarqueológicas”, Barcelona, *Congreso de Etnoarqueología, septiembre de 2004*, en prensa.

SEMPERE FERRÁNDIZ, Emili, “Catalogación de los hornos de España y Portugal”, Alicante, Ed. Asociación de Ceramología, vv.AA., *Tecnología de la cocción cerámica desde la Antigüedad a nuestros días*, 1992, pp. 185-237.

ZAMORA MALDONADO, Juan M. y JIMÉNEZ MEDINA, Antonio M., “Sobre el origen de la actividad locera en Hoya de Pineda (Gáldar-Santa María de Guía, Gran Canaria)”, *Tenique. Revista de Cultura Popular Canaria n° 5*, 2003, pp. 15-58.

—, *El centro locero de Tunte (San Bartolomé de Tirajana, Gran Canaria)*, Las Palmas de Gran Canaria, Ed. Fundación para la Etnografía y Desarrollo de la Artesanía Canaria - Cabildo de Gran Canaria, 2004.

NOTAS

- * Esta contribución se inserta en el marco del proyecto BHA2003-03930 del Ministerio de Ciencia y Tecnología, con el apoyo económico de los fondos FEDER.